

PRESENTACIÓN DEL R. P. GUSTAVO GUTIÉRREZ

El padre Gustavo Gutiérrez nació en Lima un 8 de junio de 1928, fue ordenado sacerdote en 1959 y es director-fundador del Instituto Bartolomé de Las Casas. Profundo en sus intereses y, por lo mismo, ávido de conocimientos, realizó estudios en diversas disciplinas, y se graduó en Filosofía, Psicología y Teología en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Es, además, doctor en Teología por la Universidad de Lyon.

Desde 1960 y por muchos años fue profesor de Teología en nuestra casa de estudios, primero en la Facultad de Letras y luego en la de Ciencias Sociales. Dirigió entre 1971 y 2000 las Jornadas de Reflexión Teológica de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Yo mismo he tenido el privilegio de ser su alumno en uno de sus cursos. Gustavo lograba en ellos, con gran amplitud de pensamiento, establecer un diálogo entre la fe cristiana, la filosofía, la literatura y las ciencias sociales contemporáneas. Sus clases eran en este sentido un vivo testimonio de que la fe no es necesariamente una barrera para el ejercicio del pensamiento crítico, sino que, al contrario, puede ser un estímulo para él, y de que la libertad de pensamiento y el respeto por las diferencias son parte irrenunciable del cristianismo liberador, del cristianismo comprometido con la justicia social y cultural que el mundo de hoy requiere y demanda. Él nos habla de una teología dialogante, “[...] que propone y que no pretende imponer, que escucha antes de hablar”.¹ Más que un pretendido discurso autoevidente y cerrado en sí mismo, la teología que él nos ofrece es sobre todo una hermenéutica de la esperanza.

Participó en el Concilio Vaticano II (1965) como observador y como colaborador del entonces Arzobispo de Lima, el Cardenal Juan Landázuri Ricketts, y del presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, monseñor Manuel Larraín. Su pensamiento teológico fue asimismo un polo de referencia importante en las conferencias episcopales latinoamericanas de Medellín y Puebla, realizadas en 1968 y 1979 respectivamente.

“La teología —nos dice Gustavo Gutiérrez— es un lenguaje sobre Dios. Ahora bien, en la Biblia Dios nos es presentado como un misterio”;² por ello la teología es “[...] un esfuerzo por pensar el misterio”,³ el misterio “[...] que se hace presente en la historia y en el corazón de cada uno a través de (ese) un impulso (*conatus*) vital y liberador (que nos habita)”.⁴ La teología es un esfuerzo por decir el silencio que habita la vivencia del encuentro con Dios en el rostro del otro. Nace del silencio y a él retorna. Por ello, sostiene Gutiérrez, “[...] la mediación del silencio, (ínsito a) la contemplación (mística) y la práctica (ética), es necesaria para pensar a Dios, para hacer teología. Esta es un hablar enriquecido por un callar”. Pero este hablar enriquecido, a su vez, “[...] alimentará y dará nuevas dimensiones al silencio [...] que es inherente a la contemplación y a la praxis. El silencio es pues el alpha y el omega de la reflexión sobre el misterio, el alpha y el omega de la teología”.

¹ GUTIÉRREZ, Gustavo. “Lenguaje teológico: Plenitud del silencio”. En *Teología: Acontecimiento, silencio y lenguaje*. Lima: CEP, 1996, p. 39.

² GUTIÉRREZ, Gustavo. *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente: una reflexión sobre el libro de Job*. Lima: CEP, 1998, p. 11.

³ *Ibid.*

⁴ GUTIÉRREZ, Gustavo. “Lenguaje teológico...”. *Op. cit.*, p. 9.

En 1971 publicó su libro *Teología de la liberación* (actualmente traducido a once idiomas, entre ellos el coreano, el japonés, el vietnamita, el yugoslavo y el chino). Desde entonces ha publicado más de quince libros, entre los que se encuentran *Dios o el oro de las Indias* (traducido al francés, al italiano, al alemán, al portugués, al coreano y al japonés), *El Dios de la vida* (editado también en holandés, inglés, francés, italiano, portugués y coreano), *Densidad del presente* (traducido al inglés y al italiano) y *Entre las calandrias: un ensayo sobre José María Arguedas*, entre otros.

Desmun Tutu, presidente de la Comisión de la Verdad de Sudáfrica y Premio Nobel de la Paz, afirma acertadamente: “[...] la teología de la liberación proviene del esfuerzo por dar sentido al sufrimiento humano [y, de manera específica, al sufrimiento de] aquellos que son víctimas de una opresión y explotación organizada, cuando son mutilados y tratados como seres inferiores a lo que son”.⁵ De ahí viene el sentido del compromiso preferencial por los pobres, por los “insignificantes”, por los despreciados, por los que sufren en su vida diaria el injusto impacto del menosprecio sistemático y la pobreza. No sería justo olvidar en estos momentos que la reflexión teológica que cultiva Gustavo Gutiérrez es una reflexión viviente, que por detrás de ella “[...] hay comunidades cristianas, grupos religiosos, pueblos que son cada vez más concientes de que la opresión y la postergación en que viven no es compatible con su fe en Jesucristo. [Y que] son esas corrientes vitales y concretas las que dan a esta teología su carácter propio”.⁶

Fiel a su manera de entender el cristianismo, Gustavo Gutiérrez ha vivido y trabajado durante muchos años en el distrito popular del Rímac como vicario cooperador de la parroquia de San Francisco de Paula, al mismo tiempo que desarrollaba un intenso trabajo intelectual que le ha valido un merecido reconocimiento tanto nacional como internacional. En 2003 se le otorgó el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, y en 2004 fue nombrado Profesor Emérito de nuestra Universidad. Actualmente es profesor visitante de la Universidad de Notre Dame (EUA), y lo ha sido también en la Universidad de Michigan, en la de Princeton y en la de Cambridge, entre otras.

En 1994 fue incorporado a la Academia Peruana de la Lengua. En ese momento Luis Jaime Cisneros señalaba, con la magistral hondura que lo caracteriza, que “[...] la labor de Gustavo Gutiérrez, sacerdote, ha logrado ensanchar su apostolado esencial y ha enriquecido el campo de la discusión académica con reflexiones que, porque miran a la antropología cultural, a la psicología, a la sociología y a la filosofía, hacen de él un humanista”.⁷ Y es que entre ser humanista y ser religioso no hay oposición sino complementariedad: la fe se enriquece con el humanismo y el humanismo se enriquece con la fe. Creo por ello que la religiosidad de la que nos habla Gustavo Gutiérrez no es la religiosidad que se sustrae a la duda, que se niega a la autorreflexión, a la autocrítica. No es la fe precrítica de la minoría de edad; es la fe poscrítica de la que nos habla Paul Ricoeur, la fe que ha madurado en la duda, que se ha hecho esperanza, que se ha redescubierto en el compromiso, en la praxis.

Hace relativamente poco, en marzo de este año, recibió la Medalla de la Defensoría del Pueblo por su comprometido testimonio y su labor intelectual en beneficio de los más pobres del país. En la ceremonia de entrega del premio, Gustavo nos decía que el

⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁶ GUTIÉRREZ, Gustavo. *Teología de la liberación*. Lima: CEP, 1996, p. 13.

⁷ GUTIÉRREZ, Gustavo. “Lenguaje teológico...”. *Op. cit.*, p. 46.

compromiso con los pobres no debe conducirnos a sustituirlos, a tratar de ser la voz de los sin voz; se trata, señalaba, de hacer todo lo posible para que los sin voz accedan a la palabra, al relato de su memoria, al relato de la historia; de hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para que se posicionen como sujetos, como agentes de su propio destino.

Y finalmente, ¿qué significado puede tener para un hombre como Gustavo Gutiérrez el haber dedicado toda su vida a escribir libros de teología? En sus propias palabras: “Para mí, hacer teología es escribir una carta de amor al Dios en quien creo, al pueblo al que pertenezco y a la Iglesia de la que formo parte. Un amor que no desconoce las perplejidades, y hasta los sinsabores, pero que es sobre todo fuente de una honda alegría”.⁸

Fidel Tubino Arias-Schreiber
DECANO DE ESTUDIOS GENERALES LETRAS

⁸ *Ibid.*, pp. 42 y 43.

QUÉ IMPLICA VIVIR EN UN PAÍS POBRE Y CÓMO SE UBICA LA UNIVERSIDAD EN ESE CONTEXTO

R. P. Gustavo Gutiérrez

Gracias a Fidel y a Marcial por sus palabras, pero gracias sobre todo a ustedes por estar aquí, pues me dan la ocasión de compartir algunas reflexiones sobre cosas que vivimos y sufrimos cotidianamente en el país. No estoy acá, ciertamente, para decirles que vivimos en un país pobre, porque eso ya lo sabemos, sino para reflexionar un poco sobre lo que significa que estemos acá y que esta Universidad nuestra se halle en ese contexto.

Quisiera, primero, presentar algunos juicios sobre nuestra convivencia social e histórica en el país; luego, decir algo respecto de lo que significa el reto de la pobreza para una conciencia humana y cristiana; y, para terminar, unas breves palabras sobre el papel de la Universidad. Y aunque sé que no hay mucha diferencia, he preferido hablar de pie porque así me siento más cómodo.

I

Comenzaré pues con los juicios que diversos personajes que han pensado el país en diferentes momentos han hecho de él, y sacaré conclusiones muy breves. Cuando niños, escuchábamos —tal vez los más jóvenes ya no, cosa que me alegraría— aquella engañosa frase de Raimondi que decía que el Perú era un mendigo sentado en un banco de oro, que es más o menos como decir que somos un tonto sentado en un banco de oro. O aquella otra expresión, también muy conocida, de Jorge Basadre, que hablaba del Perú como un país “problema y posibilidad”. Oíamos también que Víctor Andrés Belaúnde había hablado de una síntesis viviente, tal vez adelantándose un poquito a la historia pero subrayando una aspiración. Está también esa distinción hecha por el mismo Basadre entre un Perú “legal u oficial” y un Perú “profundo”, muy repetida también sobre todo por ese “Perú profundo”; o aquella otra de José Carlos Mariátegui según la cual “la unidad peruana está por hacerse”, que da la idea de un país en rumbo, en proceso. Luis Alberto Sánchez habló de un “país adolescente”, inmaduro; José María Arguedas, de uno “impaciente por realizarse”. El mismo Arguedas se refirió al “país hirviente” de sus días. Tenemos también, naturalmente, la conocida pregunta de Zavalita en aquella novela de Vargas Llosa titulada *Conversación en La Catedral*: “¿Cuándo se ‘fastidió’, digamos, el Perú?”. O esa otra que a mí me impresiona mucho y que ciertamente no viene, como las anteriores, de un intelectual, sino de un delincuente.

Como muchos recordarán, hace más de veinte años hubo una fuga de una cárcel peruana. Luego de tomar como rehenes a varias personas que trabajaban con los presos, sus organizadores pidieron una camioneta para poder salir del penal. Uno de los rehenes era una religiosa amiga mía. A la salida del penal los esperaban policías armados que dispararon de frente contra el vehículo, como resultado de lo cual la religiosa a la que me he referido murió. Otra religiosa que solo fue herida contó después que el delincuente conocido como *Cri Cri*, al ver que atacaban la camioneta, dijo a las religiosas: “Aquí,

hermanas, la vida de ustedes tampoco vale nada”. Y eso también forma parte de nuestra realidad, porque es lo que sentimos frecuentemente ante la situación que vive el país.

Podríamos continuar con esta serie, porque hay muchas expresiones más; y todas ellas nos hablan de una cierta insatisfacción, de algo inacabado, pero también de un país que de alguna manera, penosamente tal vez, está en camino.

Entonces uno puede preguntarse, y yo me hago esa pregunta aquí, con ustedes, qué es lo que está detrás de estas maneras de hablar del país. ¿Por qué esa insatisfacción, esa sensación de lo inacabado, de lo por hacerse, por realizarse?

Creo también, sin embargo, que en los últimos tiempos estamos conociendo cada vez mejor nuestro país; lentamente, pero lo vamos conociendo. En ese sentido, el *Informe Final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, más allá de detalles sin mayor trascendencia en este momento, significó una apertura que permitió expresar en el nivel público aquello que se musitaba en círculos más privados: somos un país de grandes distancias y de grandes desigualdades, delimitado por un territorio y, parcialmente, por una historia común. Somos un país que busca convertirse en una nación, que intenta que los nacidos en ella —de ahí viene la palabra nación— puedan vivir en libertad y de acuerdo con su dignidad de seres humanos. Pese a todas las promesas incumplidas de la vida nacional, las posibilidades de construir una sociedad justa, humana y libre están en nuestras manos.

Y aunque resulte evidente —no banal, sin embargo—, creo que todos tenemos claro que en un país como el nuestro el futuro no llega: se construye, se hace; y no habrá por lo tanto futuro si no lo tomamos en nuestras manos. Esto supone partir de realidades y no de ilusiones, y conocer esas realidades exige ir más allá de lo superficial, de las coyunturas políticas. A esa realidad, me parece, pese a todo, nos estamos acercando, y si no lo hacemos no habrá manera de tomar en nuestras manos, como peruanos, las riendas de este país. Es esa realidad la que nos desafía, y por eso quisiera recordar algunas cosas de ella.

Hablé de desencuentros y de desigualdades: los peruanos somos personas muy distantes, y también muy distintas. Los desencuentros históricos jalonan nuestra historia. En el Perú conviven desde hace siglos, sin encontrarse plenamente, pueblos distintos. La idea de algo no terminado, inacabado, proviene precisamente de esa no plenitud. Y aunque esa diversidad es sin duda, potencialmente, una riqueza, es también un gran reto. Se trata de pueblos que se distinguen y se diferencian por sus lenguas maternas, por el color de sus pieles, por sus costumbres, por su arte y su cultura. Los lazos que la obligada coexistencia ha logrado establecer no han podido hasta ahora —por lo menos no significativamente— acortar las distancias, vencer los prejuicios. Esto ha dado lugar, entre otras cosas, a manifestaciones de desprecio hacia una parte de nuestra población, a un cierto racismo. Sé que esta es siempre una palabra desagradable, pero estamos todos convencidos de que la realidad lo es más todavía, y por eso hay que decirla.

Hay pues diferencias y desencuentros entre nosotros, brotes de convergencia y de cercanía, pero también desigualdades sociales. Se dice que el 51% o algo más de la población peruana vive en la pobreza, y una buena parte de ese porcentaje, en la indigencia. ¿Cómo se llega a esa cifra? Ustedes lo saben muy bien: para vivir, una persona necesita al menos dos dólares al día; si solo logra obtener un dólar, está condenada a la pobreza; y si no puede obtener ni eso, a la indigencia. Las estadísticas, sin embargo, son a veces un poco engañosas: las personas no están atadas a un bloque —pobre o no pobre—, sino que se mueven todo el tiempo, pasan de un lado al otro. Por eso algunos adoptan otros criterios, y hablan de un porcentaje mucho más alto de pobreza: 68%, por ejemplo.

Recuerdo a propósito a un excelente profesor de estadística que tuve, que nos decía que debíamos tener mucho cuidado con lo que nos enseñaba, y que nos contaba la siguiente anécdota. En un examen, el profesor pregunta al alumno por la fecha de la Revolución Francesa, y el estudiante le responde: “1492”. “Vea usted —le dice el maestro—, la fecha es exacta, pero no corresponde al acontecimiento”. Eso puede suceder: hay que saber ir al fondo de las cosas y no contentarnos con cifras fáciles. Habría que saber, por ejemplo, que cerca del 80% de la pobreza está en la población rural, en el rostro indígena, entre las mujeres y los niños.

Es ese criterio numérico el que lleva a las organizaciones internacionales que se refieren a la pobreza en América Latina a hablar de una pobreza sostenible, pues toman la expresión de crecimiento o desarrollo sostenible para decir que es una pobreza estable, sostenible, en el sentido de que ella misma se sostiene. Y, naturalmente, podemos comprender que esa situación inhumana es un caldo de cultivo para otras violencias.

Padecemos hace unos años un cruel y sanguinario terrorismo. Y aunque la pobreza no actúa mecánicamente como única causa de esa situación, sí crea condiciones para ella. Habría que recordar un tema bíblico central, aquel que dice que no hay paz si no hay justicia; y me refiero a paz, no al ambiente: a pacificación. Si no hay justicia no hay paz, y en eso estamos en este momento nosotros. Es eso lo que nos reta y nos desafía.

II

Pasamos así al segundo punto: el reto de la pobreza. La pobreza es la peor epidemia que tenemos en el país, la que más muertos causa. Las posibilidades de hacer de este país nuestro una nación están presentes, hay cambios profundos, que no se reducen a situaciones coyunturales y efímeras, que no se dan en la superficie sino tal vez en el subsuelo, en aquello que hemos llamado muchas veces “el Perú profundo”. Antes, para llegar a él había que tomar el tren de la sierra; ahora no: ese Perú profundo está en las grandes ciudades de la costa. Una estadística de hace cierto tiempo nos decía que el mayor número —absoluto, no proporcional— de quechuahablantes se encuentra en Lima.

Va apareciendo así paso a paso, como les decía al empezar, una realidad nacional con elementos que me parecen potencialmente muy interesantes, aunque no todo lo que está emergiendo en este momento ha de agrandar a todas las personas. Y esto nos está obligando, creo, a dejar de lado algunas viejas categorías y a abrirnos a lo que nos viene ahora. La pobreza, en última instancia, significa muerte.

Comenzaré por recordar que a partir de este momento adopto una noción compleja de pobreza; ya hemos citado datos económicos, que ustedes conocen mucho mejor que yo. La pobreza es, sin embargo, una situación humana —quizá habría que decir inhumana— mucho más compleja. Pobre es el que no cuenta, el insignificante, el que no tiene valor en la sociedad; y una persona es y puede ser insignificante por razones económicas, pero también por hablar mal la lengua oficial de un país, por el color de la piel o por ser mujer. Es ese conjunto el que realmente nos habla de pobreza y de infrahumanidad.

Desde Medellín y Puebla, la Conferencia Episcopal habla de la pobreza como antihumana y antievangélica; y yo creo que es eso, y eso es lo que vivimos en este país y, por supuesto, también en nuestra vida universitaria. Por otro lado, resulta cada vez más claro que lo que estamos llamando pobreza, con esa complejidad que acabo de mencionar, tiene causas humanas, estructuras económico-sociales, categorías mentales, atavismos. Esas

son las causas de la pobreza; y si es obra de nuestras manos, también de nuestras manos debe salir la solución a esa situación inhumana.

Durante mucho tiempo, la pobreza fue considerada, y todavía lo es, incluso entre los pobres, como un hecho natural, casi ineluctable: unos nacían pobres, insignificantes; otros nacían “presentes”, significativos, con instrucción, con riqueza. Y aunque las consecuencias prácticas no corresponden todavía a esa lucidez, hoy tenemos muy claro que la pobreza no es un destino, una maldición, una fatalidad, sino una injusticia. Ese es el punto: persiste esa adolescencia y ese inacabamiento del problema que nos recordaban las frases que rápidamente mencioné; lo que está demás es la situación de un país que vive una profunda injusticia y, al mismo tiempo, un gran escándalo.

Escándalo por muchas razones; permítanme mencionar una por lo menos: esta situación inhumana se vive en un país que se dice cristiano. La pobreza es muerte, muerte temprana, muerte injusta. Naturalmente, la muerte es un hecho de la existencia humana, como sabemos todos muy bien. No hablo pues de la muerte física —por enfermedades, por ejemplo—, que la humanidad o el país ya superó. Hace poco, muy poco, escuchaba decir que, de mil niños que nacen, 21 mueren muy tempranamente, pero no porque sea inevitable, sino porque sus familias no cuentan con los medios necesarios para evitar esa situación. Recuerdo que, cuando estudiante, leía la biografía de un personaje célebre, cuyo autor decía en las últimas páginas: “Al final de su vida, murió”. Difícil que pudiera haber hecho otra cosa, ¿no es cierto? Yo me reí mucho: como el autor era francés, lo tomé como una ironía francesa. Pero más tarde pensé mucho en mi país y caí en la cuenta de que buena parte de los peruanos no muere al final de su vida sino al comienzo. Y así esa frase —sin intención del autor, naturalmente— me reveló un sentido distinto.

Recuerdo también que en una ocasión, en una comunidad cristiana, una parroquia de la zona norte de Lima, una señora muy mayor decía que ellos —los “viejos”— ya estaban cerca de la muerte; una chica joven que estaba ahí también, del mismo grupo replicó: “No, abuelita: en el Perú, los que están más cerca de la muerte no son los ancianos sino los niños”. Todo eso, claro, es duro, pero esa es la situación. Por eso les decía que, en última instancia, más allá de los aspectos sociales y económicos, que no podemos saltárnoslos, la pobreza es muerte también cultural.

Quizá la expresión no sea muy buena, pero la quiero explicar. Dicen los antropólogos que la cultura es vida, por lo que cuando una cultura es despreciada, de alguna manera se está matando a las personas que forman parte de ella. Es eso lo que se hace cuando no se reconocen los valores humanos de ciertas culturas y ciertas etnias. Cuando, por ejemplo, no se reconoce a plenitud los derechos humanos de la mujer, de algún modo se está matando también a las personas que tienen esa condición. Eso es la pobreza.

En ese país vivimos, en ese país hemos nacido; en ese país está también nuestra Universidad. Pero está con todo lo que señalé hace un momento y que tal vez vale la pena recordar antes de pasar a la tercera parte. Es verdad que la distribución no es muy alentadora, pero intenté decir que en esa diversidad, en esas distancias, hay también valores enormes. En materia de derechos humanos, por ejemplo, hay un avance muy grande en el país. También se ha avanzado en el reconocimiento de valores personales que antes no teníamos.

III

Lo propio de la Universidad gira alrededor del tema del conocimiento. Conocer la realidad, las alturas y las profundidades de este país, sus anchuras y sus estrecheces, sus posibilidades y sus callejones sin salida. Ese es el saldo de aquello que decía al inicio, para poder construir sólidamente algo. Y hoy lo sabemos por muchas fuentes y también por muchas experiencias. Hoy, más que en el pasado, el conocimiento establece, en el ámbito internacional, una línea divisoria entre el Norte y el Sur, y, en el nacional, entre sectores sociales. El deterioro de la educación pública, en particular en el Perú, está creando dos clases de peruanos: los pocos que tienen acceso a institutos de enseñanza solventes académicamente por un lado, y la inmensa mayoría por otro; y avanza penosamente desde la primaria a la universidad. Este hecho ha sido denunciado ya, y con una competencia que yo no tengo, por muchas personas, y creo que es particularmente doloroso. El conocimiento debe ayudarnos también a iluminar el camino histórico del país.

Siempre me llamó la atención una expresión bíblica, evangélica, que, bien vista, no deja de ser un poco curiosa: que tu luz no se convierta en oscuridad. Normalmente eso no sucede: lo que puede suceder es que se apague la luz. Y, sin embargo, hablando de estas cosas podríamos decir que sí, que tiene un sentido. Creo que en el país el conocimiento y la capacidad profesional han aumentado, pero, en lugar de iluminar el camino histórico, han creado mayor oscuridad entre nosotros, y eso me parece mal. Ha ocurrido muchas veces, y sigue ocurriendo: antes que como una herramienta para transformar el país en una perspectiva más humana y cristiana, el conocimiento ha servido para la construcción de un mundo en el que se encierran los que poseen ese conocimiento. La tarea de la Universidad corre así un riesgo muy grande: todos nosotros participamos en ella de una manera u otra. No basta por eso la calificación profesional; es preciso ponerla al servicio del país y, concretamente, de los más pobres y olvidados. Que la luz no se convierta en oscuridad.

Hay ahora un individualismo muy grande y un olvido de la solidaridad social, humana, cristiana. Yo siempre he tenido una gran reticencia a alabar a la juventud, y la mayoría de ustedes son jóvenes; a decirles, por ejemplo, que son la esperanza del país. Sin sentido crítico y sin lanzar una alerta, una alerta que personalmente me viene de varias cosas, mencionaré dos.

Cuando comenzaba mi vida universitaria escuché a profesores y también a otras personas decirnos que éramos la esperanza del país. Me disculparán, pero de mi generación salió tan poquita, que la verdad es que me volví más prudente para decirlo. La otra razón es que creo que tenemos que ser conscientes de que la historia humana no avanza a través de leyes ineluctables: está hecha de opciones libres, y, por consiguiente, cada persona, cada uno de nosotros, tiene que enrumbarse y encontrar su camino. Decir entonces que la juventud es la esperanza del país es decir solo una parte de la verdad: lo es potencialmente, pero puede no serlo en realidad, y por eso me gustaría, si ustedes me lo permiten, tomar el famoso dicho desde esta perspectiva: soy la esperanza del país según lo que haga, según aquello por lo que decida hacer en la vida. Yo lo digo con toda honestidad y con todo respeto también, porque me parece que no se trata de suponer nada sino de saber dónde en realidad se juegan las cosas. Por eso decía que se juegan en las opciones libres, y me parece que es eso lo que necesitamos hoy de manera urgente en el Perú.

IV

Quisiera concluir recordando un texto evangélico, aquel que acostumbramos a llamar la multiplicación de los panes. Es el único relato que se encuentra repetido seis veces en los evangelios, quizá porque ese gesto marcó la memoria de los discípulos de Jesús; eso son los evangelios: las memorias vivas de Jesús. Además, el texto no habla en ningún momento de multiplicación; lo que ocurre es que como solo había cinco panes y dos peces y comieron más de cinco mil personas, tiene que haber habido multiplicación. La aritmética me ha parecido siempre la más simple de las matemáticas; la menos bella también, porque de todas maneras es verdad. ¿Es ese un juicio aritmético correcto? No estoy seguro. De lo que sí lo estoy es de que no es un juicio evangélico. El mensaje del texto reside menos en la multiplicación de los panes que en el compartir; y compartir desde lo poco: desde cinco, desde dos. No es necesario tener mucho para compartir. Y creo que es por eso que se repite en los evangelios, porque los discípulos comprendieron el gesto inmediato de Jesús, entendieron que allí había algo central del testimonio de Jesús. Ser cristiano es saber compartir; y compartir, yo diría, desde la escasez, desde lo poco, aunque a veces pensamos que uno comparte cuando le sobra. En verdad, el contraste entre los cinco panes y los dos peces y las cinco mil personas que comen, más que una multiplicación, es un llamado a conocer y a percibir que desde lo poco es posible compartir.

El futuro no llega, decía al comenzar estas palabras: el futuro se hace; y se hace compartiendo. Esta mañana he sabido, seguramente como muchos de ustedes, de la muerte de un poeta. Creo que la muerte de un poeta siempre enluta a la humanidad. Me refiero a José Watanabe. Quiero terminar leyendo un pequeño verso de él, justamente sobre la multiplicación de los panes. Watanabe tiene un poemario que se inspira en varios textos evangélicos; uno de ellos es este, el de la multiplicación de los panes. Leo solamente una pequeña parte; le habla a Jesús y le dice: “tus manos fueron el mar y fueron el campo y fueron saciados porque de tus palabras nacieron en la abundancia peces plateados y dorados valles de trigo”.

De eso se trata, amigos: de saber dar alrededor de nosotros peces plateados y panes dorados de trigo. Gracias.

BIBLIOGRAFÍA

Textos del R. P. Gustavo Gutiérrez

- 1970 *Los pobres y la liberación en Puebla*. Bogotá: Indo-Americana Press Service. [Puebla fue en 1979]
- 1970 *Líneas pastorales de la Iglesia en América Latina*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1971 *Teología de la Liberación. Perspectivas*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1973 *Religión, ¿instrumento de liberación?* Madrid: Marova.
- 1977 *Teología desde el reverso de la historia*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1979 *La fuerza histórica de los pobres: selección de trabajos*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1979 *Praxis de liberación y fe cristiana*. Tercera edición. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1979 *Líneas pastorales de la Iglesia en América Latina: análisis teológico*. Quinta edición. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1982 *El Dios de la vida*. Serie Cuadernos de Teología, n.º 1. Lima: Departamento de Teología, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 1983 *Beber de su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1986 *Reflexión sobre la teología de la liberación: perspectivas desde el Perú*. Lima: Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- 1986 "Teología y ciencias sociales". En *La verdad los hará libres. Confrontaciones*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1986 *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente: una reflexión sobre el libro de Job*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1987 *Evangelización y opción por los pobres*. Buenos Aires: Paulinas.
- 1987 *Teología de la liberación*. Quinta edición. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas.
- 1989 *El Dios de la vida*. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1990 *Dios o el oro en las Indias: siglo XVI*. Tercera edición. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1990 *La verdad los hará libres: confrontaciones*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas.
- 1990 *Entre las calandrias: un ensayo sobre José María Arguedas*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas.
- 1992 *De la Rerum Novarum a la Centesimus Annus: los cambios en el Perú y el mundo*. Lima: Universidad del Pacífico-Centro de Investigación.
- 1992 *En busca de los pobres de Jesucristo: el pensamiento de Bartolomé de Las Casas*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.

- 1994 “La teología: una función eclesial”. *Páginas*, vol. 19, n.º 130, diciembre.
- 1995 “Vergüenza”. *Páginas*, vol. 20, n.º 134, agosto.
- 1995 *Compartir la Palabra*. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1996 *El rostro de Dios en la historia*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Departamento de Teología / Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1996 *Teología de la liberación: perspectivas*. Sexta edición. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1996 *Densidad del presente*. Lima. Instituto Bartolomé de las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 1996 “Lenguaje teológico: plenitud del silencio”. *Páginas*, vol. 21, n.º 137, febrero.
- 1997 “El jubileo y la misión de Cristo”. *Páginas*, vol. 22, nn.º 147-148, octubre.
- 1997 “En la muerte de Paulo Freire: educar y liberar”. *Páginas*, vol. 22, n.º 146, agosto.
- 1997 “La prioridad de la vida”. *Páginas*, vol. 22, n.º 145, junio.
- 1998 *El Dios de la vida*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas/Centro de Estudios y Publicaciones. [véase 1989]
- 1998 “Gratuidad y justicia”. *Páginas*, vol. 23, n.º 152, agosto.
- 1998 “Un camino de justicia y libertad: el Papa en Cuba”. *Páginas*, vol. 23, n.º 150, abril.
- 2000 “Gratuidad y fraternidad”. *Páginas*, vol. 25, n.º 164, agosto.
- 2000 “Desafíos de la posmodernidad”. *Páginas*, vol. 25, n.º 162, abril.
- 2000 “Situación y tareas de la teología de la liberación”. *Páginas* n.º 161, febrero.
- 2001 “¿Una nueva etapa en la vida del país?”. *Páginas*, vol. 26, n.º 169, junio.
- 2002 *¿Dónde dormirán los pobres?* Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- 2002 “Una opción teocéntrica”. *Páginas*, n.º 177, octubre.
- 2003 “Desenterrar la verdad”. *Páginas*, vol. 28, n.º 183, octubre.
- 2003 “Libertad y esperanza”. *Páginas*, vol. 28, n.º 182, agosto.
- 2003 “Memoria y profecía”. *Páginas*, vol. 28, n.º 181, junio.
- 2004 “La mayor violencia es la pobreza”. *Flecha en el Azul*, nn.º 22-23.
- 2005 “Pobreza y teología”. *Páginas*, vol. 30, n.º 191, febrero.
- 2006 *La koimonía eclesial*. Lima: s.e.
- 2006 “Seguimiento de Jesús y opción por el pobre”. *Páginas*, vol. 31, n.º 201, octubre.
- 2006 “Donde está el pobre, está Jesucristo”. *Páginas*, vol. 31, n.º 197, febrero.
- 2007 “Benedicto XVI y la opción por el pobre”. *Páginas*, vol. 32, n.º 205, junio.

Textos sobre la obra del R. P. Gustavo Gutiérrez

ARNS, Paulo Evaristo

- 1989 *Teología y liberación, perspectivas y desafíos: ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

- 2004 *Gustavo Gutiérrez: biobibliografía*. Lima: BNP-Fondo Editorial.
- BROWN, Robert MacAfee
1980 *Gustavo Gutiérrez*. Atlanta: John Knox Press.
- CISNEROS V., Luis Jaime
1996 *Teología: acontecimiento, silencio, lenguaje*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- 2003 “Premio a la justicia, el amor al prójimo y la libertad”. *Páginas*, vol. 28, n.º 181, junio.
- ECHEGARAY, Hugo
1989 *La práctica de Jesús*. Tercera edición. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- ELIZONDO, Virgilio
1991 *Teología y liberación; religión, cultura y ética: ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas.
- GALLEGO, Andrés
2003 *Gustavo Gutiérrez: textos esenciales: acordarse de los pobres*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- GARATEA, Gastón
2003 “Gustavo Gutiérrez, maestro de espiritualidad”. *Páginas*, vol. 28, n.º 181, junio.
- GARCÍA MAESTRO, Juan Pablo
2004 *Pensar a Dios desde el reverso de la historia: el legado teológico de Gustavo Gutiérrez*. Salamanca: Acción Cultural Cristiana.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, Juan
1975 *Teología de la liberación: evaporación de la teología: la obra de Gustavo Gutiérrez vista desde ella misma*. México, D. F.: Jus.
- LUDWIG M., Gerhard
2005 *Teología de la liberación*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- MAC GREGOR, Felipe, S. J.
2003 “Gustavo Gutiérrez, amigo”. *Páginas*, vol. 28, n.º 181, junio.
- MAIER, Martín, S. J.
2000 “Espiritualidad y teología en la obra de Gustavo Gutiérrez”. En: *Teología de la liberación: cruce de miradas*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- MANZANERA GARCÍA, Miguel, S.J.
1978 *Teología, salvación y liberación en la obra de Gustavo Gutiérrez*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- PARIAMANCHI FONSECA, Raúl
2003 *El horizonte de la fe: el tema de Dios en la obra de Gustavo Gutiérrez*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.
- PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ-DEPARTAMENTO DE TEOLOGÍA
1995 *Convocados por el evangelio: 25 años de reflexión teológica (1971-1995)*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.

ROLFES, Hanni

1992 *La nueva evangelización: reflexiones, experiencias y testimonios desde el Perú.* Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.

SOBRINO, Jon

1990 *Teología y liberación, escritura y espiritualidad: ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez.* Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas / Centro de Estudios y Publicaciones.

TAMAYO ACOSTA, Juan José

2003 *Nuevo paradigma teológico.* Madrid: Trotta.

TRIGO, Pedro

1982 *Arguedas: mito, historia y religión. Entre las calandrias.* Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.